

Frontera Norte: la cicatriz y la herida

• Rolando Cordera, Carlos Fuentes,
Lorenzo Meyer, Jorge G. Castañeda

Rolando Cordera

Hoy, ha dicho Carlos Fuentes en su novela *Gringo viejo*, la frontera es menos una herida que una cicatriz. Nadie quiere que esta cicatriz se abra, y sin embargo las desigualdades, los problemas, las cuestiones de inmigración, la deuda externa, en una palabra: la agenda de nuestras relaciones con los Estados Unidos sigue tan cargada o más que antes, cuando hablábamos con todo derecho de que la frontera era una herida. Y sin embargo quedamos en la historia o en los aspectos detallados de la agenda no nos ayuda demasiado cuando nos enfrentamos al porvenir; un porvenir desafiante, exigente, pero también lleno de oportunidades. Tenemos esa relación que hoy se nos propone desde fuera y dentro de México, como la perspectiva de una integración, de un trato más intenso, más consciente y más intencionado. Carlos Fuentes, hace ya varios años, en los sesenta, en un diálogo radiofónico con Irving B. For..., cuando tratabas de corregirle sus generalizaciones sobre la política mexicana, decías algo que se me quedó grabado y creo que puede servirnos para empezar nuestra plática de hoy. Tú le decías que para entender a México había que tomar muy en cuenta que México era algo así como la Polonia de América Latina. ¿Tú dirías que la fórmula sigue sirviendo para explicarnos y ver hacia el norte?

Carlos Fuentes

No, desde que Brzezinski repitió la fórmula estoy seguro de que estoy equivocado. Si Brzezinski lo dijo tenemos que estar equivocados Brzezinski y yo. Lo que hay es una frontera conflictiva por definición, porque en este caso no es sólo la frontera entre dos países; es la frontera entre dos culturas, las dos culturas de las Américas; es la única frontera que existe entre el país industrializado más poderoso del mundo y los países en desarrollo. Es no sólo la frontera entre los Estados Unidos y México sino entre los Estados Unidos y toda la América Latina. En estas circunstancias, y debido en gran parte a esfuerzos de la diplomacia

—cuando ha sido positiva en los Estados Unidos, y desde luego gracias a nuestra tradición— es extraordinario el hecho de que durante tanto tiempo ha habido una frontera desmilitarizada, una frontera tan porosa, una frontera en la que ya se establecen realidades de integración, de intercambio en todos los órdenes, pero que hoy se convierte nuevamente en una frontera peligrosa porque hay un gran cambio en el mundo y creo que los Estados Unidos se están adaptando muy mal al cambio. Este cambio es el paso de la guerra fría a una nueva relación de coexistencia, y el paso del mundo bipolar de la posguerra a un mundo multipolar, en que el poder norteamericano está descendiendo visiblemente y Estados Unidos no lo quiere admitir. Lo que esto puede significar para la relación con nosotros me parece extraordinariamente peligroso y desafiante al mismo tiempo.

Rolando Cordera

Lorenzo Meyer, precisamente en esta coyuntura y en este contexto, hoy se habla de cambios muy fuertes y readaptaciones; se insiste sin embargo en las bondades o inevitabilidades de la integración con los Estados Unidos. ¿Qué nos dice tu visión de la historia sobre la diplomacia entre nuestros países, y qué se puede prever hacia adelante?

Lorenzo Meyer

Como punto de referencia hacia el futuro, la historia tiene sus limitaciones. La historia de la relación entre México y Estados Unidos es básicamente una historia de conflictos; de hecho el conflicto está planteado antes incluso de que México surja como nación. Ya Luis de Onís, que era ministro de España en Washington, advierte al Virrey que las tendencias futuras del expansionismo norteamericano van a causarle problemas al Reino de la Nueva España, y no se equivocó para nada. Creo que la relación con Estados Unidos ha ido cambiando desde el siglo XIX a la fecha, pero con un signo constante: el conflicto. Al principio, digamos en la primera mitad del siglo XIX, el conflicto se centró en la lucha por el espacio geográfico. A partir de la segunda mitad de ese siglo empezó el problema de la penetración económica norteamericana. Comenzó esta relación muy difícil que

Esta mesa redonda se hizo a partir del programa de televisión nexos, dedicado a las relaciones entre México y Estados Unidos.

tiene México con Estados Unidos, y que consiste por un lado, en la aceptación de su capital y su tecnología, y por el otro, en el rechazo cuando entra en áreas que considera vitales para el mantenimiento de su independencia. A partir de la Revolución Mexicana el signo básico de la relación está en el intento norteamericano de interferir con los procesos políticos internos. Sería una tercera etapa, en ella domina una intervención sistemática pero que nunca alcanzó realmente los objetivos que se propuso. A partir de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos dejó de tener interés en esa intervención y el tema de la relación económica volvió a ser dominante. La "buena vecindad" política se prolonga, hasta llegar a los años sesenta; ahí aparece un nuevo punto de conflicto, y es la relación con otros países latinoamericanos. La Revolución Cubana primero y luego el problema de Centroamérica, con el intento mexicano de tener una política activa, o de erigirse como una potencia media, como se llegó a llamar en algún momento. Ahora, en los años ochenta, con la crisis económica, creo que el punto básico de nuestra relación es el de la posible integración económica. Es una integración inédita pero pienso que se sigue manteniendo el tema recurrente: el conflicto.

Rolando Cordera

Jorge Castañeda, tú has insistido en que la cuestión de la integración, con todo y su conflictividad inevitable, está sin embargo presente en el inmediato futuro mexicano. ¿Cuál es la visión norteamericana de este futuro que consideras difícilmente evadible? Hace unos años, cuando vivíamos un momento de hostilidad abierta desde los Estados Unidos hacia México, junto con otros estudiosos tú planteaste la necesidad de aceptar que el llamado consenso norteamericano sobre México había cambiado. Ahora, sin embargo, volvemos a hablar de la posibilidad de las ventajas de la integración. Ese cambio, que no era un cambio para bien, digamos, en las relaciones con México, ¿se mantiene, se ha modificado?

Jorge G. Castañeda

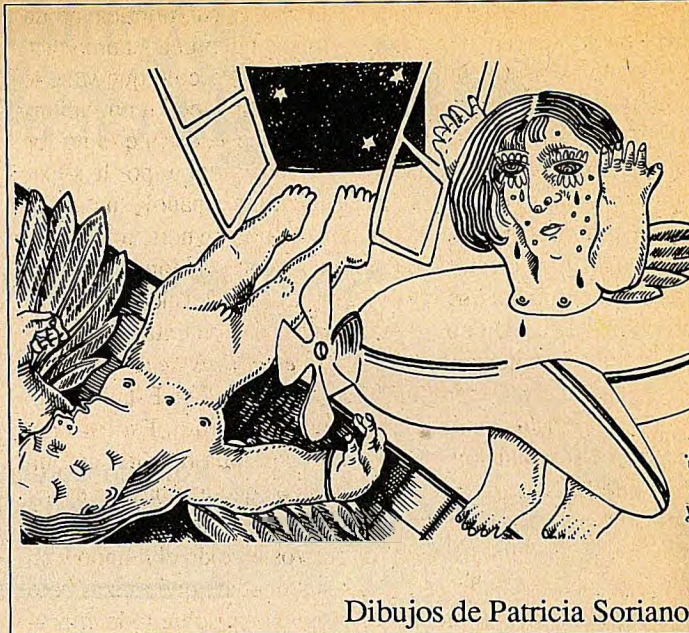
En Estados Unidos no hay todavía un consenso sobre México. Lo que existe es una gran ambivalencia. En los Estados Unidos, en el nivel de las masas o del pueblo si se quiere, hay una imagen mexicana que sigue siendo terriblemente negativa. Para ellos México es, en cierto sentido, el nuevo imperio del mal; el imperio de la droga, de la corrupción, del fraude electoral. Esto quizás haya empezado a cambiar entre las élites en los últimos meses, pero no ha cambiado en el nivel masivo. Por otro lado, esta imagen ocasiona cierta división entre las élites norteamericanas sobre qué visión, qué política, qué actitud adoptar hacia México. Es evidente que entre la élite norteamericana hay una gran simpatía por el gobierno del presidente Salinas de Gortari; en estos primeros meses por lo menos, es sin duda el gobierno mejor visto en Estados Unidos desde hace muchísimo tiempo.

Rolando Cordera

Bueno, también se decía eso al principio del gobierno de Miguel de la Madrid.

Jorge G. Castañeda

En efecto, ese es el problema. Esto sucede cada inicio de gobierno y después resulta que las cosas no funcionan tan bien. A eso



Dibujos de Patricia Soriano

iba justamente: al mismo tiempo que en Estados Unidos existe esa actitud muy positiva, muy —incluso diría yo— receptiva, hay siempre un trasfondo de duda: ¿qué hacer en relación con México? En el fondo los Estados Unidos tienen el mismo miedo, la misma aprensión frente a los procesos de integración que se dan entre los dos países, que los miedos que tenemos en México. Lo tienen frente a temas distintos. Para ellos la cuestión del idioma, la cuestión migratoria, incluso la cuestión de la mano de obra barata en México o en Estados Unidos, pero siempre procedente de México, es un temor. En el fondo no están convencidos ni de que les convenga la integración ni de que puedan evitarla. Es quizás el tema más importante en las relaciones de Estados Unidos y México.

Rolando Cordera

Jorge G. Castañeda habla de temor, de falta de convencimiento. Carlos Fuentes, la cultura norteamericana o las culturas norteamericanas de hoy, que están metidas en su pasado como tú lo has hecho ver en muchas ocasiones, ¿nos permiten pensar en una perspectiva diferente en nuestras relaciones?

Carlos Fuentes

Yo creo que los Estados Unidos tienen una gran virtud. Es un país que ha sabido tradicionalmente, mediante su cultura, criticarse a sí mismo. Pero también es un país extraordinariamente narcisista, que quiere saber muy poco del resto del mundo, o más bien quiere saber lo que el resto del mundo piensa sobre los Estados Unidos, no sobre lo que esencialmente es México, Argentina, Francia, Inglaterra.

En el momento actual, incapaces de adaptarse al gran cambio, a la gran marea que ha habido en las relaciones internacionales en los últimos diez años, los Estados Unidos se han aislado más que nunca del mundo. Están más narcisistas que nunca y más que nunca quieren saber que ellos siguen siendo el más grande, que siguen siendo la gran potencia que eran en 1945. Ya no lo son, y esto es importante saberlo para nuestras relaciones con ellos; estamos tratando con ellos en el momento de mayor debilidad relativa de nuestras relaciones. Sin embargo, los Estados Unidos

quieren creer que siguen siendo el amanecer en América, como decía Ronald Reagan, o que son la envidia del mundo, como dice Dan Whale. No son la envidia del mundo. Yo creo que si se le pregunta a un alemán, a un japonés, a un español o a un italiano si envidian a los Estados Unidos, la respuesta sería que no los envidian; no los envidian ni por niveles de vida, ni por la situación económica ni por la cultura política. Un español o un italiano tienen mucha mayor libertad política que un norteamericano; tienen un abanico electoral de partidos, tienen de dónde escoger; tienen una pluralidad que no guarda esta simpleza electoral estrecha de los Estados Unidos, donde a veces casi se trata de escoger entre los dos enanitos gordos de *Alicia en el País de las Maravillas*, Tweedledee y Tweedledum. Son idénticos. Los Estados Unidos no quieren ver los hechos en este momento. Eso es muy difícil para una relación y sobre todo para una relación con un país fronterizo; no quieren darse cuenta de que han pasado de ser el máximo país acreedor del mundo a un país deudor con todas las de la ley; que han disipado sus activos en todo el mundo y en cambio se han quedado con todas sus deudas; que quizás sólo puedan superar sus problemas económicos, y sobre todo el problema del déficit, mediante un descenso real del nivel de vida de los ciudadanos norteamericanos. Y esto es algo que no entra en el sueño norteamericano, ¿verdad?

Rolando Cordera

Pero entraría en la pesadilla de los otros, porque una caída en el nivel de vida norteamericano repercute directamente...

Carlos Fuentes

Repercute, repercute. Lo que quiero decir es simplemente que para efectos de la diplomacia, para efectos políticos y para efectos de la integración, estamos tratando con un país que a mí, como ciudadano mexicano, me da muy poca confianza. Es un país que no ha sido capaz de agarrar al toro por los cuernos y de arreglar sus propios problemas económicos internos, o de imponerse la disciplina que a través del Fondo Monetario trata de imponerles a los países deudores. Por todos estos motivos tengo muchas dudas acerca de formalizar cualquier forma de integración y creo, en cambio, que tenemos una posibilidad de encontrar apoyos en el mundo, de contrarrestar debilidades, de hacer políticas activas en la Cuenca del Pacífico, con Europa Occidental, con la Unión Soviética. Estas relaciones deben preceder cualquier intento formal, o semiformal, de integración con los Estados Unidos de América.

Rolando Cordera

Lorenzo Meyer, ¿podemos adaptarnos nosotros? Estamos viendo que los norteamericanos se adaptan con dificultad y a regañadientes. ¿Estaremos nosotros en condiciones de mirarnos de otra manera y poder entonces mirar al Este y al Oeste también con otros ojos?

Lorenzo Meyer

Ciertamente que estamos en posibilidades de ver al mundo con otros ojos, pero no por las buenas razones. Estamos en ese proceso difícil de aceptar el fracaso de una forma de desarrollo, de un modelo de desarrollo económico que nos prometía, entre otras cosas, el ampliar la independencia relativa de México. Durante la posrevolución, el gobierno hizo mucho énfasis en que con este

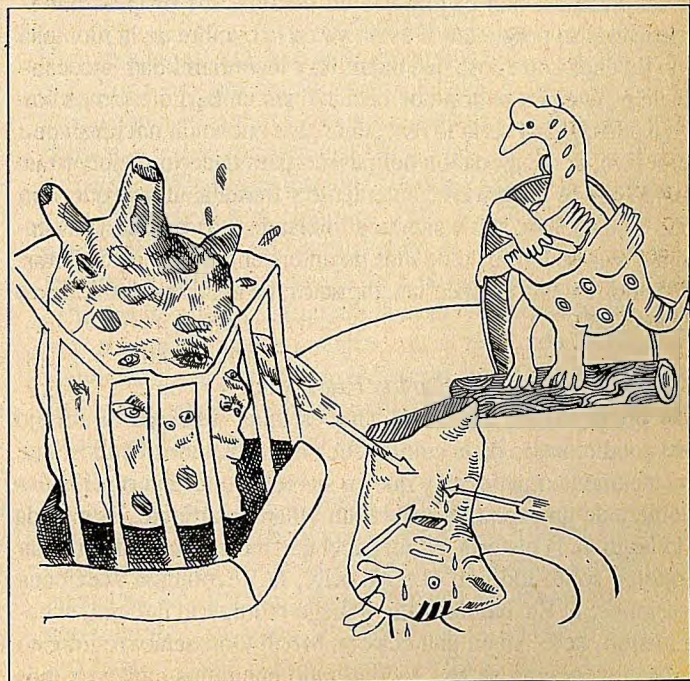
nuevo despegue de México después de 1940, íbamos a aumentar las fronteras de nuestra independencia. Bueno, no es así. Estamos negociando con Estados Unidos desde una posición de debilidad; es cierto, como dice Carlos Fuentes, que ahora Estados Unidos está perdiendo poder relativamente. Japón y Europa Occidental son competidores serios de Estados Unidos; pero nosotros también estamos en un momento muy difícil. Sabemos que es lo que no funcionó del modelo anterior, pero el nuevo modelo todavía no está en su lugar. Y justamente en el momento de mayor debilidad, desde posiciones que no son de la mejor naturaleza, tenemos que empezar a renegociar nuestra relación con los Estados Unidos.

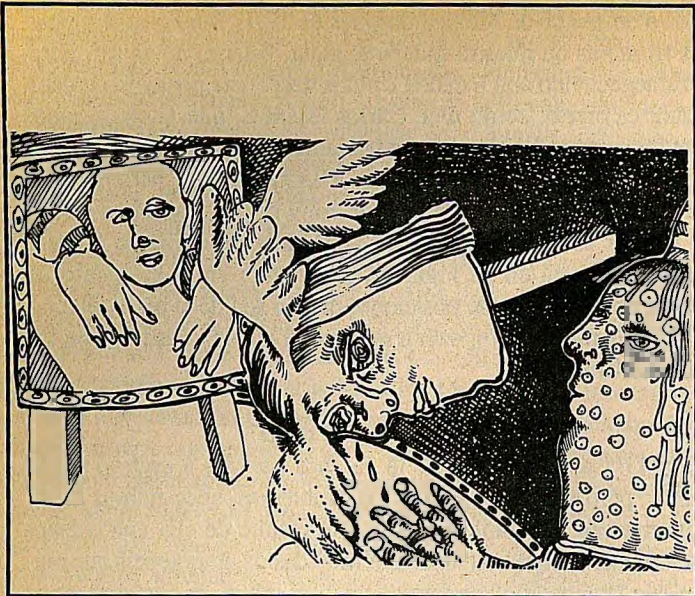
Rolando Cordera

Jorge G. Castañeda, quizás la palabra que voy a usar no sea la mejor, pero tal y como están los problemas, necesitamos cierta comprensión norteamericana, y que resulte de ella una colaboración, incluso que salgan de ahí medidas de emergencia que eviten que la situación económica ya muy grave, se empeore y nos lleve a un foso muy complicado. ¿Tú crees que podemos aspirar a tener una comprensión, digamos utilitaria, por parte de los Estados Unidos, que no provenga sólo de la filantropía?

Jorge G. Castañeda

La principal crítica que yo le haría al gobierno de Salinas de Gortari en la relación con Estados Unidos, en el curso de sus primeros cuatro meses, depende un poco de lo que decía Fuentes: no es evidente que los Estados Unidos sean hoy un socio o un aliado o un vecino confiable. No se les puede tener confianza, porque no responden por lo que dicen, no dicen lo que hacen, no hacen lo que dicen, no tienen el poder real para hacerlo. Yo no dudo que el presidente Bush le pueda decir al presidente Salinas de Gortari: "Voy a ayudarle a usted, México necesita ayuda, nosotros tenemos mucho interés en ayudar"; pero Bush no tiene una chequera para firmarla y entregar el dinero, no tiene con qué hacerlo. El gran problema con todo el esquema de Brady de reducción de la deuda de los países del Tercer Mundo es





que Estados Unidos propone que otros financien la reducción de la deuda, que en el fondo más afecta a Estados Unidos. Brady les dice a los japoneses: "pongan ustedes el dinero, porque yo no tengo", y esto pone a los japoneses y a los europeos en una situación un poco delicada. ¿Por qué van a financiar ellos las pérdidas de los bancos norteamericanos? Nadie entiende por qué. Para empezar no lo entienden los propios japoneses o los europeos. Tanto en la coyuntura inmediata como en el más largo plazo, como decía Carlos Fuentes, y en pleno periodo de declinación de la hegemonía norteamericana, de fragmentación o atomización de su sistema político, de falta de consensos en lo que toca al papel de Estados Unidos en el mundo en esta nueva época, no hay por qué pensar en Estados Unidos como un aliado confiable; no hay que fincarlo todo en la relación con el gobierno de los Estados Unidos.

Rolando Cordera

Carlos Fuentes, con el imperio en declive, los propios norteamericanos se preguntan si están ya en la cumbre de la montaña y no les queda otra cosa que bajar. Hay confiabilidad, inconsistencia estratégica podríamos decir. Y sin embargo estamos atados a ellos. ¿Cuál sería la reacción? ¿De nuevo un nacionalismo defensivo, la recuperación del pasado para hacerlo mejor, en un mundo que se integra crecientemente y frente a un país que, con todo y su declive, sigue siendo el mercado más grande y la economía más poderosa, si no más pujante, del mundo? ¿Dónde nos ubicamos en esta perspectiva, digamos, de declive relativo, pero atados a él?

Carlos Fuentes

Hay por lo menos tres cosas. Una es tratar de evitar un reflejo casi condicionado de la cultura ética de los Estados Unidos, que es sumamente maniquea y que en sus relaciones internacionales requiere de un enemigo visible, un villano confiable. Esto se da a lo largo de la historia. Es un papel que ha representado la Gran Bretaña, sobre todo en el siglo XIX; la Revolución Mexicana enseguida; el Eje nazifascista, y luego el imperio del mal, el comunismo. Pero, ya en una ocasión Mijail Gorbachov retiró esto y Ronald Reagan se fue encontrando enemigos cada vez más

pequeños. La política de Reagan nunca se enderezó contra un país de más de cinco millones de habitantes; esa cifra era el tope, un poco. Granada, Nicaragua, Libia, Siria ya no, pues ya se sobrepasaba; pero también pasaron a ser villanos. En Estados Unidos esta intención de distinguir claramente entre el bien y mal, de saber visiblemente quién tiene el sombrero negro, y es el malo, y quién tiene el sombrero blanco, que es el bueno. Yo no quisiera que México se convirtiera en el villano confiable de esa película. Podría ser grave para nosotros. Creo que Japón es el otro candidato. Entonces, no debemos caer en provocaciones, ciertamente. En segundo término, repito que tenemos un mundo mucho más amplio que el de la generación anterior, para hacer una política internacional dinámica, una política internacional de acercamiento, de búsqueda de apoyo, de diversificación del apoyo, y al mismo tiempo nuestra relación con los Estados Unidos no puede ser simplemente una relación diplomática bilateral, como lo puede ser con España o con Francia, sino que tiene que ser una operación diplomática, montada en todas sus piezas para penetrar, para dirigirnos a un país que no se limita a la ciudad de Washington, que no se limita al perímetro del Distrito de Columbia, en el que el Presidente de la República no tiene todos los poderes que quisiéramos a veces concederle por analogía con lo que somos nosotros en México. El presidente norteamericano es un presidente limitado en muchas ocasiones por la división de poderes, pero más aún por la sociedad civil, por la multitud de organizaciones locales que existen en los Estados Unidos. Una diplomacia activa mexicana trataría de establecer contacto con las esferas comerciales, industriales, financieras; con los medios de información, las universidades; con todo ese mundo norteamericano. No se trata de una nación, se trata de un verdadero universo. Y para ser optimista por una ocasión creo que ahí tampoco hemos hecho todo lo que podríamos hacer, aunque alguien ha dicho que el pesimismo es lo que debe privar, porque es simplemente un optimismo bien informado.

Rolando Cordera

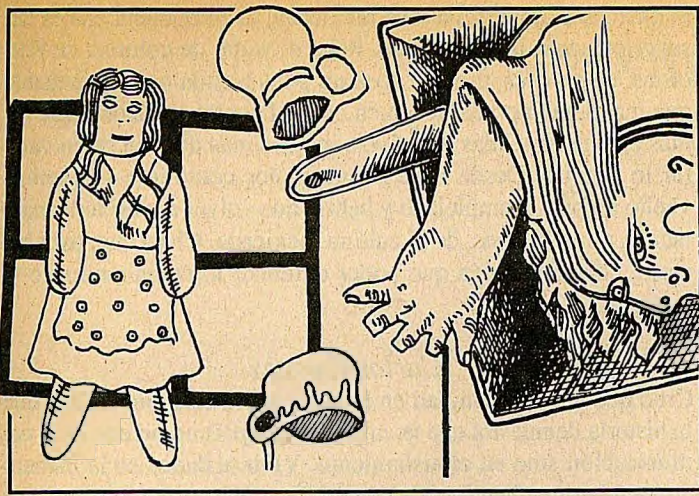
Lorenzo Meyer, estamos acercándonos a un punto crítico, por lo menos en lo que toca a nuestra economía y nuestras finanzas, directamente vinculado a la relación con los Estados Unidos. ¿Estaremos en posición de modificar nuestra actitud y nuestra manera de relacionarnos con ellos desde el Estado, desde la sociedad y las fuerzas políticas? ¿Podemos incluso describir este cambio en lo inmediato?

Lorenzo Meyer

En lo inmediato a mí me preocupa el hecho de que el gobierno ha decidido que su estrategia en el corto plazo depende en gran medida de la solución del problema de la deuda, y políticamente quien tiene la llave para dar esta solución son los Estados Unidos. En ese sentido, en el plazo corto, el proceso interno mexicano depende en cierta medida de cómo se lleve a cabo la relación con Estados Unidos, sin que —insisto— tengamos la mejor de las situaciones para esta relación. Así que la dependencia es ahora más fuerte que nunca.

Rolando Cordera

¿Tú dirías, entonces, Lorenzo, que en esta perspectiva es correcto ceder en materia de política internacional, para buscar mejorar la relación con los Estados Unidos?



Lorenzo Meyer

A una pregunta así, yo le saco la vuelta. No lo sé. Quisiera nada más apuntar esto. Quizá nuestras relaciones con Estados Unidos están en un momento en el cual crear problemas innecesarios no es la mejor respuesta. Si en política exterior tenemos que chocar con ellos, que sea por las mejores razones. Hay que ser "económicos", ahorramos los choques pequeños e irnos, si es necesario, al grande. Nada más. Pero los costos son enormes. La mejor manera de negociar con los Estados Unidos es tener una sociedad civil fuerte, un sistema político fuerte, y ahora no estamos en esa condición.

Rolando Cordera

Jorge G. Castañeda, reiteraría la pregunta: ¿es correcto ceder, incluso por razones tácticas, de conveniencia nacional?

Jorge G. Castañeda

Yo creo que como principio general, sí. Es decir, es evidente que hay que concentrar los esfuerzos, el capital político, la fuerza de la nación y del gobierno, en la negociación principal, que obviamente es la cuestión de la deuda. Pero en eso hay dos grandes problemas. Primero, no es para nada evidente que cediendo consigamos lo que buscamos, ni mucho menos. Segundo, tampoco es evidente que aún si logramos más o menos lo que buscamos, eso se debiera a las concesiones que estamos ya haciendo en materia de política exterior, en materia de política migratoria, en una serie de consideraciones. Es decir, estas concesiones no son hipotéticas ya. Esto es lo que está sucediendo. Cada vez que se toma una decisión así se corren riesgos inmensos. Como principio general, las concesiones pueden valer la pena, pero hay que ver en concreto si lo que está sucediendo nos va a reeditar verdaderamente.

Yo siento que debía trazarse una división entre lo que es política exterior propiamente, digamos la cuestión centroamericana. El gobierno del señor Salinas de Gortari prácticamente ha borrado el tema centroamericano de la agenda de la política exterior de México para no tener problemas con Estados Unidos. Eso quizás se justifique. A mí no me gusta, me molesta, me parece algo que no se debe hacer, pero entiendo la lógica. Una lógica más discutible en otras cuestiones más delicadas y que tienen repercusiones internas en México. En la agenda bilateral con Estados Unidos hay muchísimos temas que tienen repercusiones internas en México muy precisas: la cuestión migratoria o la

droga, por ejemplo. La idea de que la DEA, por ejemplo, tenga una participación mucho más activa en México; o la idea de que las autoridades mexicanas cooperen mucho más activamente con las de los Estados Unidos; o el impedir lo que se llama la migración de países terceros, es decir, especialmente de Centroamérica hacia Estados Unidos: esas concesiones ya me molestan mucho más. Creo que no son las mismas que en el caso del problema centroamericano. O el caso de la actitud de México en las Naciones Unidas. Mucho se ha dicho que no tiene sentido que México se pelee con Estados Unidos por cuestiones como la independencia de Namibia, que es un país del África austral. Se dice: ¿qué le importa al pueblo de México la independencia de Namibia? Bueno, pues están de por medio los principios de su política exterior. Los principios, como decía Napoleón, sirven para mucho, en particular para apoyarse en ellos, y aunque sea para después abandonarlos. Hay muchas cosas que se pueden abandonar, hay otras que no. Yo trazaría la diferencia en las cuestiones que tienen repercusiones internas.

Rolando Cordera

Como dijo Carlos Fuentes, estamos dentro de un universo, y apenas comenzamos a bosquejarlo. Yo simplemente les pediría algunas fórmulas preliminares para concluir esta charla.

Jorge G. Castañeda

Hay un proceso de integración de México con Estados Unidos. Es un proceso que viene de atrás, que se está acelerando muchísimo en los últimos años, y sobre todo en estos meses; en cierto sentido es inevitable, aunque hubiera sido deseable evitarlo. Ahora lo más importante es que el pueblo de México sea realmente el que decida si quiere esa integración o no; que se dé un debate verdaderamente democrático en México al respecto y que se creen los mecanismos de opción, de elección, de selección, para que esto que estamos haciendo no lo hagamos a ciegas; que el gobierno no lleve al país a una integración sin que el país sepa que va a eso y sin que el país lo apruebe después de un debate democrático. Me parece lo esencial.

Lorenzo Meyer

Vuelvo a la historia, que es el punto que más me gusta tratar en esto. Los momentos en que hemos llevado la peor parte de la relación con los Estados Unidos son aquellos en los que el sistema político mexicano ha sido más débil. Dada la diferencia de poder, de potencialidad entre Estados Unidos y nosotros, es casi imposible tratar de tú a tú con ellos. Pero sí está en nuestras manos organizar internamente la estructura de poder mexicano, darle la legitimidad interna necesaria para, desde esa posición, desde esa cohesión de nuestra estructura política y nuestras metas, accedamos a unas metas que cuenten con el apoyo de la mayoría, un apoyo explícito y razonado. Mientras no arreglemos lo nuestro en casa, no tendremos la oportunidad ideal de arreglar la relación futura con los Estados Unidos.

Carlos Fuentes

Vuelvo un poco a la pregunta anterior. Los Estados Unidos nunca han respetado a quienes les hacen concesiones, a quienes ceden ante ellos. Los Estados Unidos respetan a quienes saben negociar con dignidad con ellos. Un presidente de ciertos países centroamericanos puede llegar a Washington y el gobierno norteameri-

cano no manda a nadie a recibirlo. A nosotros, hasta ahora, nos han sabido respetar. La integración en nuestro país, su voz internacional, dependen en gran medida de esa tradición, en la que ni nos hemos doblegado, ni hemos sido provocadores, pero siempre hemos estado dispuestos a negociar.

Lorenzo Meyer

Hay que desechar este miedo a la integración por la vía cultural. Esa similitud es muy epidérmica. Las dos historias son tan disímiles, la cultura cambia tan poco, a veces desafortunadamente. Por ejemplo nosotros seguimos siendo autoritarios, por más que intentemos reformarnos; son siglos que vienen atrás de nosotros y, aunque no debemos ser tan pesimistas, hay cosas que no van a desaparecer rápidamente. Nuestra cultura es en parte una cultura de la pobreza que no se asemeja en nada a la norteamericana. En realidad la mejor defensa de nuestra cultura, algo que yo estoy apoyando muchísimo, es que conozcamos a los norteamericanos. Hasta hace poco tiempo, por ejemplo, en el mundo académico, las instituciones se negaban a tener centros de estudios norteamericanos y a entrar en serio en el estudio de los norteamericanos por temor a que ellos nos conocieran. Es absurdo. Nuestra mejor defensa es conocerlos a fondo. Entre más los conozcamos, más firmes quedarán nuestras propias realidades culturales.

Jorge G. Castañeda

Yo concuerdo por completo con Lorenzo. Creo que de todos los riesgos y peligros reales que entraña la integración, y de todas las contradicciones que existen dentro de este proceso, el riesgo menor es el de perder nuestra identidad cultural. Creo que la cultu-

ra mexicana, la personalidad mexicana, el alma mexicana es tan superior, tanto más vigorosa, llena de vida, de colores, de fantasías, de sabores, que esa cosa un poco blanda norteamericana, que realmente no veo riesgo en eso. Al contrario, habría que ser más afirmativos, más agresivos, incluso más dinámicos en valorar lo nuestro. Desde hace algunos años como que nos hemos vuelto un país acomplejado y habría que volver a una cierta exaltación, por lo menos, de la cultura mexicana. Claro que, para hacerlo, habría también que poder defender lo demás, no sólo lo cultural.

Carlos Fuentes

Creo que hay unanimidad en la mesa sobre este tema. Creo que la historia demuestra que la cultura de un país no perece en la comunicación sino en el aislamiento. Vivir aislados es la manera de asegurar que la cultura va a periclitarse. Yo prefiero ser un griego, en el sentido de estar en contacto con el exterior y enfrentándome al otro, enfrentándome a lo que me niega, que ser un azteca que se muere de pavor porque se le presenta por primera vez lo que nunca ha visto antes. La policultura de México es mucho más fuerte que la policultura norteamericana; la mexicana puede remontarse al mundo indígena, al Mediterráneo, a Grecia, a Roma, a la Edad Media (los Estados Unidos no tuvieron Edad Media; nosotros sí: fuimos a la escuela de Santo Tomás); al Renacimiento, tan claramente presente en la fundación de México. Todo esto nos da un vigor, una personalidad que a mí me hace pensar que no corremos riesgo alguno y que, al contrario, podemos asimilar y tomar muchas cosas de una gran cultura como es la de los Estados Unidos, sin menoscabo de nuestra identidad. □